

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patronos para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 10 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—REVELACIONES DE ULTRA-TUMBA, por D. Francisco Flores Arenas.—EL SEPULCRO DEL REY PELAYO, por D. Bernardino Diaz de Rivera.—EL FAUNO DE COYSEVOX, por Molery.—GEROGLÍFICO.

REVELACIONES DE ULTRA-TUMBA.

Como complemento de los artículos que en los dos últimos números hemos consagrado al análisis del libro del Sr. Rubio, vamos hoy á decir algo de una obra que ya ligeramente mencionamos en el último de ellos. Lleva por título el altisonante y pretencioso que se lee en nuestro epígrafe, y no hay necesidad de decir que es otra manera de manifestación de los espíritus, los cuales, por tantos siglos mudos, han roto á hablar por los codos con una especie de furor en la época feliz que nos ha tocado nacer. Las revelaciones de este libro no son hechas por mesas y palanganeros; proceden del somnambulismo magnético. El asunto es por demás curioso; hay en él para reír ó para rabiar, según el temperamento del lector.

Ante todo conviene saber que, según el guirigay de los espiritualistas, nadie se muere; se *espiritualiza*. Esto, como ya se comprende, anula de hecho una porción de fórmulas sociales fundadas en el error de la palabra. Es necesario, por tanto, que en las papeletas de entierro no se ponga de hoy en adelante: "D. Fulano de tal ha fallecido," sino: "D. Fulano de Tal se ha *espiritualizado*." Tampoco se condenará á nadie á muerte, sino que se le condenará á *espiritualizarse*, lo cual no debe ser lo mismo que lo otro, puesto que se le da distinto nombre. Esto ya es un consuelo.

Pero pasemos á tratar en breves palabras la cuestión.

El primer galan como si digéramos de este espectáculo de ultra-tumba, el guía del magnetizado, es un joven de veinte años, que lleva ya tres siglos de muerto, según la antigua nomenclatura. Ha hecho muchos estudios allá en el otro mundo; pero importa advertir que allí la enseñanza no se efectúa por la lectura ni por la palabra, sino mi-

rándose los espíritus unos á otros, á pesar de no tener ojos.

Dice que cuando abandonó la tierra ni siquiera sospechó que dejase de permanecer entre su familia. Creyó despertar de un sueño mas ó menos profundo. Levantóse de la cama, echó á andar, creyóse curado, y continuó sin interrupción la serie de sus hábitos y de sus afecciones. Así pasó la friolera de un siglo, bien ageno de que se había muerto. Al cabo de ese tiempo fué cuando comenzó á comprender su posición. Ya era tiempo en efecto.

Preguntado por su interlocutor si había sentido la necesidad de amar, y especialmente á la mujer; si se había casado y tenido hijos, contestó que había experimentado en efecto aquella necesidad; pero que no se había casado. Añade que encontró la mitad que le estaba destinada, con la que vivía feliz en medio de bosques y jardines, pero que no habitaban casa alguna. La cosa se comprende, porque los espíritus no es natural que teman resfriarse ni cojer un tabardillo.

De aquí nacieron otras preguntas mas sutiles y peliagudas aún, alusivas al asunto; pero que no caben aquí, y menos todavía las respuestas. Sin embargo, dedúcese de ellas claramente que el mundo de los espíritus, bajo este punto de vista, tiene una sorprendente semejanza con el paraíso que Mahoma ofrece á los buenos musulmanes. Todo sensual, todo hurís.

Lástima es que Gabriel, que tal fué el nombre que adoptó el espíritu parlante, no nos digese todo lo que le aconteció en aquellos primeros cien años en que aun se creía vivo; porque cien años tienen muchos días y por fuerza han de suceder muchas cosas durante ellos. Sin embargo, puesto que él continuó, según dice, el orden mismo de sus costumbres, resulta que si acostumbraba asistir á entierros es muy probable que fuese á acompañar el suyo propio, muy ageno de que se llevaba á enterar á sí mismo. ¡Y luego dicen que no se puede repicar y andar en la procesion! ¡Vaya si se puede!

Pero continuemos.

Interrogado el espíritu acerca de lo que era el cielo antes de la creación de la tierra, y de lo que aquel se componía, responde:

"La inmensidad estaba llena de todo lo que po-

dia componer los globos, los cuales existían *bajo la forma de vacío.*"

Y preguntamos nosotros ahora: ¿qué forma tiene el vacío? ¿Lo que no tiene materia puede tener forma?

Veamos ahora lo que, según estas revelaciones, acontece á las almas de los animales después que estas abandonan la tierra.

"Las de aquellos que el hombre conoce, sirven para satisfacer las afecciones que este lleva consigo al mundo espiritual. En sus primeros estados están siempre dependientes del hombre; pero respecto á ellos, como respecto á este, hay progresión. Su servidumbre acaba por desaparecer ante el afecto benévolo que el hombre concibe hácia ellos."

Es decir, que en el mundo espiritual se monta á caballo, se caza con perros, y hay corridas de toros. Solo así se comprende que estos animales sirvan para satisfacer las afecciones y costumbres que el hombre tenía en la tierra.

Pero es el caso que los animales se hallan en idénticas circunstancias que el hombre respecto á la creencia en que por mucho tiempo están de que continúan existiendo con todas las condiciones de su anterior vida; de forma que el gato sigue comiéndose sus ratones; lo cual podrá parecer muy bien al alma del gato, pero muy mal al alma del ratón.

No deja de ocurrírsele esto al interrogante, y así le pregunta qué es lo que hacen aquellos animales que no pueden vivir sino á expensas de la *absorción* de sus hermanos en especie para satisfacer su apetito. A lo cual le contesta el espíritu Gabriel: "que satisfacen esta necesidad como sobre la tierra, hasta la extinción de la dicha necesidad:" ó en términos más claros, que, según hemos dicho, el gato sigue comiendo ratones hasta que no tiene ya hambre; pero añade para consuelo del ratón, que el ser así *absorbido*, ó mejor dicho, mascado y tragado, es una felicidad para él, porque esta absorción le facilita el entrar en un estado superior. Por lo visto este estado superior es el estómago del gato.

Habrás notado en la anterior respuesta la pulcritud de la nueva nomenclatura espiritual. Ya no se dice comer, ó por mejor decir, ya no se come; se *absorbe*: al que inviten á un banquete le dirán que se le invita para una *absorción*, y al que sea gran comilon se le llamará *gran absorbente*.

Las consecuencias que dedujimos arriba respecto á las relaciones entre el hombre y los animales, no se entienda que fueron de parte nuestra una apreciación exagerada, propia del estilo en que hemos creído conveniente tratar este asunto. Para que no se dude advertiremos que el espíritu parlante se despide en una sesión apresuradamente de sus interlocutores, dando por motivo que tiene que asistir á una corrida de toros.

Escrito está en el libro de las *Revelaciones de ultra-tumba*:

"Yo no pongo nada mío;
quien lo dice es Satanás:

si en ello hubiese mentira,
mía nó, suya será."

Entre los espíritus evocados tenemos el de Galileo, el cual principia por confesar que no ha estado en ninguno de los planetas, pero que por oídas sabe lo que hay en ellos. Sus revelaciones en esta sesión se reducen á la topografía de la luna y á sus producciones. A la pregunta que se le hizo acerca de si aquel planeta está cubierto de volcanes apagados, contesta que quienes tal cosa han dicho no han ido allá á verlos. A esto pudiera replicársele que otro tanto le ha sucedido á él. Hay allí muchos mármoles, y también oro y plata, pero en menos abundancia que por acá. También hay diamantes, aunque no transparentes, sino de color blanco. Añade que aquel globo *no suda* como el nuestro, sino que *absorbe*, es decir, que *come*, según la nomenclatura que hemos dado á conocer. Los árboles son altos, pero poco gruesos; su madera es blanda y esponjosa; en cuanto á flores las hay de gran variedad, viéndose campos enteros de rosas muy bellas, pero que en nada se parecen á las nuestras.

Y decimos nosotros ahora: ¿si no se parecen en nada á las rosas, por qué se dice que son rosas?

Los cuadrúpedos abundan, pero menos los volátiles. Entre estos hay una especie de gallina, animal doméstico muy común, con la cabeza parecida á la de una cigarra. Será muy agraciada por cierto.

Todo esto nos dice Galileo. El que lo dude que vaya á verlo.

Por último, se nos dice que el ojo alimenta su poder en una pequeña cavidad colocada en el centro de la cabeza, donde hay un fluido luminoso producido por los residuos de las sustancias de todo el cuerpo. Las lágrimas se forman de gotas imperceptibles que se escapan de los tubos infinitamente pequeños que forman los nervios motores del ojo.

Se nos figura estar oyendo al protagonista de la comedia de *El médico á palos* cuando habla del tejido celular y de la pia máter.

Por último, el bazo tiene por oficio *destilar* el aire necesario para el cuerpo, y más especialmente al corazón, que por el trabajo activo que ejecuta tiene mayor necesidad de que lo refresquen.

El bazo hace, por tanto, el efecto de un abanico. "Divino!.. Divino!..", diremos con D. Emeterio el beneficiado de la *República teatral*. "Esto merece una corona..." de tronchos de coles.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

EL SEPULCRO DEL REY PELAYO.

Si alguno al hojear las ilustradas páginas de *La Moda* leyere este epígrafe, creará sin duda que vamos á describir un sepulcro admirable, grandioso,

sublime, idealizado por la ardiente imaginación del poeta ó del artista.

Pero bien pronto á la curiosidad sucederá el rubor y la ilusión desaparecerá, como desaparece una gota de agua echada en el océano.

Y por triste, muy triste que sea la misión de disipar las ilusiones de los lectores, una fuerza superior nos impele á censurar la ingratitud de las generaciones pasadas y presente.

Unas y otra se olvidaron, ó despreciaron los beneficios que la nación española recibió de D. Pelayo, electo rey después del triunfo de Covadonga.

Imposible parece que una nación noble, generosa y magnánima, cometa ingratitud tan manifiesta.

Y sin embargo, la nación que cuenta á D. Pelayo entre sus primeros héroes, muestra su ingratitud en el sepulcro del restaurador de la monarquía.

Si Pelayo, esa gran figura que empezó la reconquista en las fragosas montañas de Asturias, levantara su cabeza y viera en dónde le tenemos encerrado, ¿qué diría?

Oh! ni aun queremos pensarlo.

Los grandes pensamientos salen del corazón, y el pensamiento que domina en el sepulcro de Don Pelayo es pobre, raquítico y miserable.

Al visitar el histórico y glorioso santuario de Covadonga ¡qué pensamientos tan tristes embarcan nuestro espíritu!

Y al ver el sepulcro donde yacen los restos mortales del hombre que, rotas las huestes del funesto rey D. Rodrigo, rehace sus restos dispersos, se guarece en un rincón de Asturias, desprecia las proposiciones del traidor D. Oppas, derrota el ejército moro, constituye un reino, que andando el tiempo fuera dueño y señor de dos mundos, la vergüenza cubre nuestro rostro y el corazón se llena de tristeza.

Cualquiera creerá que es el calabozo, la mazmorra que contiene los restos de algún traidor á la patria.

El viajero, ó curioso que, atraído por los recuerdos históricos, vaya á colocar una corona de laurel sobre el sepulcro del héroe de Covadonga, sentirá, lo que nosotros sentimos, vergüenza, indignación y tristeza.

Y sin embargo, ¡á cuántos reyes y príncipes que, al registrar la historia, nos causan rubor sus nombres ó sus hechos, sin más mérito que su nacimiento, se han levantado grandiosos sepulcros, panteones y mausoleos y estatuas colosales.

¡A cuántos hombres, encumbrados en el poder, y arrastrados por las ideas de la época, ó la fuerza de la opinión, se erigen panteones grandiosos y magníficas estatuas!....

Y Pelayo, proclamado y jurado rey por un ejército á quien condujo á la victoria de sus enemigos en religión, en política y nacionalidad, reposa en un sepulcro miserable, vergonzoso, indigno de un pueblo noble, generoso y magnánimo.

¡Oh cuánta ingratitud, miseria y abandono!

Yo ignoro si seré el primero á levantar mi humilde y desautorizada voz; y quisiera tener cien lenguas para decir que los pueblos son ingratos

cuando no corresponden, ni saben apreciar los hechos heroicos de los hijos que sacrifican su preciosa existencia, ó derraman la sangre de sus venas por no sujetarse al yugo extranjero.

Y los pueblos ingratos nunca podrán contar héroes entre sus hijos.

Probatio amoris exhibitio est operis: obras son amores, que no buenas razones.

Figuraos, pues, una gruta de pequeñas dimensiones, con adornos caprichosos de bichos, sabandijas, follajes y yerbas selváticas, que crecen y se multiplican; y en el centro una caja ó arca de piedra según unos, y formada de tierra según otros, que contiene los restos de D. Pelayo.

Su entrada es semicircular, hecha por la mano del hombre sin esmero alguno; y los hierros gastados que, colocados por la parte exterior forman un cuadrado, le dan un aspecto de ventana de calabozo ó de mazmorra.

Y en la parte superior la inscripción ininteligible que copiamos en la página 634, y á uno y otro lado nombres y apellidos, escritos con lápiz, de viajeros ó curiosos.

Y por último, un farol que da asco mirarlo.

¡Cuánto quisiera no haber visto este sepulcro!

Mil y mil reflexiones, á cual más tristes se agolparon á mi mente, y abandoné aquellos lugares solitarios con el corazón oprimido y los párpados ardientes.

Reyes y príncipes le vieron: su corazón se oprimía como el mío, y príncipes y reyes se olvidaron de los restos de D. Pelayo y de su miserable sepulcro.

Y vino un extranjero, el bondadoso duque de Montpensier, sintió lo que siente todo el que le vé y, ya que no un magnífico sepulcro, le erige á sus expensas un elegante y sencillo obelisco en el campo de la *Jura*.

Un extranjero, ilustre vástago de una familia real proscripta, nos enseña á apreciar el heroísmo, las virtudes cívicas de D. Pelayo.

¡Así supiéramos, ó quisiéramos nosotros manifestar nuestro reconocimiento y patriotismo, que consumimos en luchas estériles!

Asturias y España deben conservar siempre este recuerdo de los duques de Montpensier con agradecimiento.

Al Ser Supremo manifestamos nuestra gratitud por medio del culto interno y externo.

La historia abre sus páginas á D. Pelayo llena de admiración; y el arte, que escribe los grandes hechos en piedra, le relega al olvido.

Tan singular contraste no puede menos de llamar la atención del hombre pensador, que investiga la verdad.

Por eso hay quien sostiene que uno de los dos sepulcros, que se conservan en la galería baja de la colegiata, era del rey D. Pelayo.

¿Cómo explicar, entonces, la existencia de sus restos mortales en la gruta ya mencionada?

En verdad que, hay visos de verosimilitud en esta creencia, y sería algo más digno y decoroso para el héroe y para la nación.

En Junio de 1855 hice una excursion á la fábrica nacional de Trubia, en compañía de mi amigo D. José Antonio Lopez.

Entre otras cosas, he visto fundir en bronce los bustos de algunos hombres que aun viven hoy.

¿Con qué objeto habrán fundido los bustos de hombres que puede olvidar ó condenar la historia contemporánea?

Y sin embargo, comparad los tiempos, los hechos y los hombres y abandonareis á Trubia, volveréis á avergonzaros del sepulcro de D. Pelayo, y para consolaros, tornareis la vista á su estatua, grave, de continente esbelto, que, entre otras, adorna la plaza de Oriente en Madrid.

Quien lucha y vence, con el poderoso auxilio del cielo, y echa los cimientos de una gran monarquía, yace humildemente y en sepulcro mas pobre, mezquino y vergonzoso, que el último abad de la colegiata de Covadonga, cuyos restos mortales reposan en el sepulcro que algunos creen fué de D. Pelayo.

Este sepulcro, si la memoria no me es infiel, fué regalado por el cabildo al señor marqués de Pidal; y el abad, cuyos restos en él yacen, era pariente del Sr. Pidal.

No nos incumbe averiguar si el cabildo, tan generoso con el Sr. Pidal, tenia facultades para donar.

Y este contraste es digno tambien de la atencion del hombre pensador.

En el precioso *Album* que se conserva cuidadosamente en las Salas Capitulares, no he visto, ni leído mas que admiraciones y composiciones poéticas y prosaicas, que pudieran muy bien medirse por metros, y firmas de hombres notables en las armas y en las letras.

Solo mi amigo D. Tomás Rubio, en 3 del corriente, consagró un recuerdo al sepulcro de D. Pelayo.

Y este recuerdo ha sido causa de estos mal ordenados renglones; y ¿quién sabe si estos servirán de recuerdo á los diarios políticos para pedir la ereccion de un sepulcro digno de contener sus restos mortales, y mas decoroso para la nacion?

Pero la pasion política desvirtúa, muchas veces, las cuestiones de solucion mas sencilla, olvidándose de un antiguo precepto que hoy pudiéramos aplicar á las fracciones ó partidos que nonocemos, ó todavía están en embrion: *Dicere de vitiis, parcere personis*.

Yo nunca he vivido tan tranquilo, quieto y sossegado como desde que estoy en este pintoresco pais, sin acordarme de la política, que es el delirio de la época presente; y en política deliran, lo mismo los ancianos que los jóvenes, las mujeres que los niños.

Pasará este furor ó frenesí político, cuando Dios quiera.

Y si los diarios políticos tratan esta cuestion como de decoro nacional, yo no dudo que mas tarde ó mas temprano se levantará un grandioso mausoleo.

Tal es la influencia que ejerce hoy la prensa pe-

riódica en el país. Soy el primero á reconocerla por la experiencia que mis pocos años me han dado. Por eso quisiera que voces mas robustas y autorizadas que la mia, tratasen la cuestion que es de decoro nacional.

Yo jamás hablé otro lenguaje que el austero y rudo de la verdad.

El sepulcro de D. Pelayo me llenó de vergüenza; y tengo para mí, que mas vale vergüenza en cara que mancilla en corazon.

Y cuando nosotros mismos nos avergonzamos de nuestras propias obras, ¿qué dirán los extranjerros?

Pena me da pensar que vean nuestras miserias, nuestra ingratitud.

Seamos agradecidos á los ojos de Dios y de los hombres.

Un sepulcro miserable, como un sepulcro grandioso, ni quita ni da nombre á los héroes de la patria.

Pero un sepulcro miserable da muy triste idea de la religion, civilizacion y cultura de los pueblos.

Bien es verdad, y esto puede consolar á alguno, que D. Pelayo tiene un féretro en Covadonga, y un magnífico y grandioso sepulcro en nuestra historia nacional.

Y la tumba de Pelayo es la cuna de la monarquía española.

Donde yacen en sepulcro miserable los restos del héroe, renació una monarquía poderosa que diera leyes al mundo.

Y el mundo contempla admirado la indiferencia de la monarquía hácia quien la volvió al ser.

Seamos dignos del héroe los hijos del *siglo de las luces*, como llaman al presente siglo XIX los filósofos racionalistas.

BERNARDINO DIAZ DE RIVERA.

El fauno de Coysevox.

I.

En 1685 vivian ignorados en la calle de Mazarino de París dos artistas de talento: un escultor y un músico.

El escultor se habia adquirido ya una celebridad, pues además de haber decorado en Savenne el magnífico palacio del cardenal de Furstemberg y de haber esculpido el sepulcro de Mazarino, era canceller de la Academia de pintura y escultura.

Se llamaba Antonio Coysevox.

El músico cuyo mérito se reduce á tocar con perfeccion un instrumento, puede conquistar durante su vida cierta fama, pero como no deja en pos de su muerte ninguna obra para recordar su nombre á la posteridad, pocas veces le sobrevive su fama, y por esta razon la historia no ha dedicado la mas oscura de sus páginas á la memoria de Gabriel Desmares, que fué no obstante la primera flauta de la orquesta formada por Lully.

Las ventanas de Gabriel estaban casualmente en-

frente de las de Coysevox, pero como este trabajaba casi continuamente en su taller que daba á un jardin, sucedia que los sonidos melodiosos de la flauta de Gabriel no llegaban al oido del escultor, así como los martillazos de Coysevox no llegaban al del músico.

Pero el oido de Coysevox no era el único en la casa, pues nuestro académico tenia una sobrina de quien era tutor. Diez y siete años, mejillas de rosa, cabellos negros como el ébano, ojos rasgados y tan negros como los cabellos, melancólica sonrisa que contraia á intervalos sus labios rojos como el coral, que al entreabrirse dejaban ver los dientes mas preciosos, tal era Mariana, que unia á estos atractivos una inclinacion decidida por la música. Añadamos que esta era la única diversion permitida á la hermosa niña, y que solo la debia á la casualidad que le habia dado á Gabriel por vecino. El severo escultor, deseoso de desempeñar concienzudamente sus deberes de tutor, creia que el medio mas seguro de velar á su pupila consistia en no permitirle salir sino á su lado: y todas estas salidas se reducian á un corto paseo al jardin de las Tullerías los domingos y cuando hacia buen tiempo, de modo que la pobre Mariana parecia una flor encerrada en un invernadero y para la cual están vedadas las caricias del aire y del sol. Las monótonas fases de su vida se componian de algunos trabajos de aguja, de tres ó cuatro palabras afectuosas de su tio á las horas de comer y de cenar, y de vagos castillos en el aire que le ayudaba á forjar la anciana aya Nicolasa.

¿Hemos de asombrarnos de que añadiese á esto como distraccion extraordinaria el gusto de escuchar los suaves y acordes sonidos de la flauta? Apenas principiaba Gabriel á tocar el instrumento, sus dedos dejaban caer sobre las rodillas su aguja inactiva, y permanecia con la mirada fija, la cabeza inmóvil y reteniendo la respiracion como si temiera que se escapase una sola perla de aquella grata melodía. Algunas veces, cuando no estaba á su lado la anciana, se atrevia á abrir la ventana y á asomarse con la esperanza de ver el rostro del misterioso artista. Mariana no tenia tanta reserva porque la anciana fuera un testigo temible, pues hubiera sido por el contrario difícil encontrar una protectora mas bondadosa y tolerante, y una criada mas fiel á su dueña; pero Mariana se encontraba en esa situacion, en que creyéndose tener ya alguna cosa que ocultar, no se puede hacer aun con fundamento ninguna confidencia. Nicolasa no carecia de cierto espíritu de observacion, como sucede con todas las mujeres al llegar á sus años, y al observar el rostro melancólico y pensativo de la hermosa Mariana, se sonreia adivinando sin duda los sentimientos de aquel corazon que se despertaba á la esperanza y al amor.

—Quién sabe? decia para sí. ¿No cesa de trabajar la señorita en el momento que se oye la flauta? Y siempre, siempre sucede lo mismo. ¡Ya se asomó! Su corazon necesita aire para respirar, porque el fuego secreto que la devora solo puede extinguirse ese jóven desconocido. ¡Amor! tú penetras

como el soplo de viento entre las enramadas, y ni flores ni corazones están nunca bastante cerrados para tu dulce aliento.

Tambien Gabriel habia hecho observaciones como la anciana; á pesar de las precauciones que tomaba aquella para abrir con tiento la ventana, el ruido que producía llegaba siempre al atento oido del músico, el cual mientras tocaba, no tenia los ojos tan fijos sobre el papel para que no mirase al soslayo á la pupila, cuya cabeza era tan graciosa como atenta.

Gabriel no estuvo muchos dias sin sentir tambien necesidad de tomar el aire en su ventana cuando habia estudiado ó mas bien ejecutado alguna pieza de música, porque desde que sabia que contaba con un oyente asiduo, tenia cuidado de encerrarse para estudiar en el aposento mas apartado de su habitacion, y no tocaba cerca de la ventana mas que fragmentos escogidos, que ejecutaba con todo el talento de que Dios le habia dotado.

Sucedía con frecuencia que nuestro artista y su hermosa admiradora se asomaban á un mismo tiempo á la ventana; pero no tuvieron en un principio valor para mirarse, y parecia por el contrario que Gabriel ponía toda su atencion en ver de qué lado soplabá el viento y Mariana en contar en la calle el número de los escasos transeuntes que la recorrian. Sin embargo, llegó un dia en que sus ojos se encontraron, y estalló al mismo tiempo una chispa eléctrica en sus corazones.

Mariana se puso encendida como el carmin y se retiró precipitadamente, prometiéndose interiormente no volver á incurrir jamás en semejante imprudencia; pero lo primero que hizo al dia siguiente fué faltar á su palabra, aunque desplegó mas valor en soportar la mirada de Gabriel y no emprendió la fuga como el dia anterior. Gabriel, con objeto de poner fin á una situacion tan embarazosa, creyó que el medio mas adecuado seria arrostrar un saludo respetuoso, y este plan obtuvo el éxito mas feliz, porque Mariana creyó que no podia menos de corresponderle con una inclinacion afectuosa, únicamente por cortesía.

Los dos amantes habian pasado el Rubicon temible de los enamorados, pero principiaban entonces las mas graves dificultades.—¿La escribiré una carta? decia Gabriel. Sin embargo, no se atrevia á hacerlo temiendo exponer á Mariana á escenas desagradables en el interior de su familia. Y en vano buscaba la ocasion de hablar con ella, porque Mariana no salía mas que los domingos acompañada de su tio. Es imposible imaginar los proyectos y combinaciones que hizo y deshizo Gabriel en algunos dias, y debemos añadir, como verídico historiador, que Mariana discurría tambien apurando su ingenio para adivinar los planes de aquel jóven que tocaba tan perfectamente la flauta, la dirigía tan cariñosos saludos y la miraba con tanta ternura.

Coysevox estaba tan meditabundo como su sobrina, y por una extraña coincidencia, el objeto de su meditacion era igualmente un músico, un flautista.

Pocos de los que han estado en París habrán dejado de admirar el grupo en mármol del Fauno tañendo la flauta que se ve en el jardín de las Tullerías, cerca del palacio, á algunos pasos de la verja que comunica con la calle de Rívoli. Todas las facultades intelectuales de Coysevox estaban entonces absorbidas en la concepción de esta obra maestra. El ilustre artista había llegado á ese grado de reputación en que la mano de un maestro evita los defectos más insignificantes y aspira á alejarse de la medianía; más severo para consigo mismo que los más exigentes Aristarcos, destruía con frecuencia lo que había hecho el día anterior, y ora le parecía sin naturalidad ni expresión la actitud del fauno, ora quería dar á un brazo ó á una pierna un movimiento más flexible ó una posición más verdadera.

La cabeza era especialmente lo que le desesperaba. ¿Llegaría á conseguir que su fauno soprase en la flauta sin exageración en el juego de los músculos y en el ahuecamiento de las mejillas? Hé aquí el problema cuya solución era forzoso encontrar: y debemos decir que cuanto más adelantaba Coysevox en su obra, más lejano le parecía el buen éxito. Todos sus esfuerzos no habían llegado más que á producir una caricatura, pero la culpa era de los modelos que empleaba y que daban prueba de la más desconsoladora torpeza. Unos se aplicaban al labio la flauta sin gracia ó faltando á los principios más sencillos del flautista; otros agotaban toda la fuerza de sus pulmones para soplar, sus carrillos se hinchaban desmesuradamente, y todo su rostro se inyectaba hasta ponerse amoratado.

Coysevox había apurado los modelos, y por la mañana al levantarse, por la noche al acostarse, y especialmente á las horas de comer, en presencia de su sobrina que pensaba en otras cosas y de la anciana que le consolaba, prorumpía en lamentaciones que terminaban siempre con estas palabras:

—No hay duda, para ejercer la profesión de modelo debería exigirse la condición de saber tocar la flauta.

Tal era la situación del ánimo de nuestros diversos personajes el día que aconteció el incidente que forma el asunto de nuestro relato.

Aquel día desde muy temprano se advirtió en la calle de Mazarino entre las casas del escultor y del músico la misma sucesión de hechos, movimientos y ademanes que invariablemente habían tenido lugar hacia más de un mes. —Las dos ventanas se abrieron, se oyó una suave melodía, se asomaron después Gabriel y Mariana y se saludaron como todos los días.

Mariana llevaba en la mano un ramo de flores que de pronto se desprendió y cayó en la calle. ¿La voluntad de la joven había sido completamente extraña á esta caída? No nos atreveríamos á jurarlo, pero lo cierto es que Gabriel no tardó mucho más en bajar á la calle que el ramo en caer. Poseedor del precioso tesoro, volvió á subir á su habitación con la rapidez del relámpago, se asomó á la ventana y empezó á cubrir de besos las rosas que había estrechado la mano de Mariana, pero la so-

brina de Coysevox había desaparecido ya, aterrada de la interpretación que podía darse á su torpeza.

Cuando Gabriel contempló, admiró y besó bastante su ramo, empezó á reflexionar, y una idea atrevida cruzó de pronto por su mente al ver salir al escultor de su casa, seguir la calle de Mazarino y dirigirse hacia los muelles.

Coysevox abandonaba tan temprano su trabajo para respirar el aire fresco del Sena. Después de levantarse, se había encerrado con su fauno en el taller, dedicándose al trabajo más encarnizado sin auxilio de ningún modelo y resuelto á no soltar el cincel hasta vencer la dificultad, pero la fiebre se apoderó de su cerebro, y su mano, agitada por un temblor nervioso, no tenía ya firmeza ni decisión.

Aun no había vuelto en sí de su sorpresa la buena Nicolasa, que nunca había visto salir á su amo tan temprano, cuando llamaron á la puerta. Corrió á abrir, y se encontró cara á cara con Gabriel, cuya turbación indicaba claramente que consideraba su visita como una temeridad inaudita.

Nicolasa se asombró al reconocer á su vecino.

—¿Por quién preguntais, caballero?

—Estas flores... que... yo... respondió Gabriel balbuceando y enseñando el ramillete de Mariana.

—Os equivocais sin duda; no acostumbramos á recibir flores.

—Es que no vengo á regalar sino á restituir, dijo, Gabriel alentado con la benévola fisonomía de la anciana que contradecía la aspereza de sus palabras.

—¿A restituir?

—Vuestra señorita estaba hace un momento en la ventana; su mano dejó caer estas flores, y...

—Y vos os habeis apresurado á bajar para cogerlas, y como estábais impaciente por devolverlas á mi señorita, habeis aprovechado la ausencia de mi amo. ¿No es cierto?

La anciana se sonrió con tanta bondad que Gabriel enlazó las manos en ademán suplicante y sin responder.

—No soy tan cruel que trate de oponer obstáculos á un amor honesto y sincero, dijo Nicolasa.

Un golpe imperioso dado en la puerta interrumpió á la anciana que exclamó:

—¿Santo cielos! el amo...

—¿Dónde me ocultaré?

—Ya no es posible.

II.

Los tres se miraron algunos segundos en silencio: Coysevox, sorprendido al ver al joven cuyo rostro no conocía; Gabriel, esperando un interrogatorio cuyo desenlace le parecía poco favorable, y Nicolasa ocupada en imaginar el medio de conjurar el peligro.

Coysevox rompió el silencio preguntando:

—¿Podré saber, caballero, el motivo de vuestra visita?

Gabriel se inclinó lentamente para darse tiempo de buscar una respuesta.

Nicolasa fué más afortunada que el joven para sacarle del apuro.

—Creo, dijo, que el motivo no os disgustará. Como hace quince días que os oigo decir: ¿dónde hallaré un modelo que toque la flauta? me he encargado de buscarlo.

—¡Cómo! ¿este caballero?..

—Es un pobre joven que desea ocuparse en algo y me ha suplicado que os le recomiende; como toca la flauta con primor, le he propuesto que os sirva de modelo, y estaba á punto de aceptar cuando habeis llegado.

Gabriel hizo un ademán afirmativo y tuvo buen cuidado de no desmentir á Nicolasa.

—¡Excelente idea! exclamó el escultor. ¿Con que tocáis la flauta y quereis ocuparos en algo? ¡Bravo! Os daré ocupación para hoy, para mañana y para ocho días; os emplearé con preferencia á cualquier otro, haré aun mas; os recomendaré á mis colegas, y estoy seguro de que quedareis contento de mí. ¿Accedeis?

—Estoy á vuestras órdenes, respondió Gabriel.

—Sí? Pues en ese caso manos á la obra. Estaba algo cansado, pero vuestra llegada me reanima, seguidme al taller.

Gabriel no vaciló, porque esperaba encontrarse en presencia de la que tanto deseaba ver; pero ¡vaya esperanza! no habia nadie en el taller, y solo vió algunas estátuas bosquejadas, entre las cuales descollaba el famoso fauno tocando la flauta, y en un rincón dos ó tres pedazos de mármol, esperando, para tomar forma, un capricho de la imaginación del maestro.

—No dejaré de avisar la Nicolasa, pensó Gabriel, y si mi corazón y mis ojos no me han engañado hasta ahora, vendrá, no hay duda.

Mientras hacia esta reflexión, se sentó en un sitio que acababa de colocar Coysevox en medio del taller. El escultor puso después en sus manos una flauta que veinte modelos habian tomado ya, y con un cincel en una mano y el martillo en otra, y un pié cerca del fauno, lanzó un grito de alegría al ver como cogia Gabriel el instrumento y se lo aplicaba á los labios.

—¡Magnífico! Vamos á hacer entre los dos una obra maestra.

Y después de dar á su dócil modelo algunas instrucciones, le dijo con voz solemne y con verdadero ademán de jefe de orquesta:

—Tocad!

Gabriel obedeció, y principió con una ária de la ópera *Alceste*.

—¡Hermosa música! dijo Coysevox; es de mi amigo Lully.

Pero no era la belleza de la música lo que impresionaba mas á nuestro artista, sino la realización de su idea, el cumplimiento de tantos afanes: ¡tenia la misma naturaleza por modelo!

—¡Perfectamente! ¡muy bien! ¡seguid! ¡seguid!

Y bajo la influencia de su entusiasmo, crecia la inspiración, la cual se conocia por el brillo de su mirada y la rapidez de su cincel que trasformaba el mármol.

Gabriel tenia la mirada fija en la puerta, pero ninguna figura de mujer aparecia en el umbral ni se

oia el menor crujido de vestido á lo largo del corredor. Nuestro músico principiaba á quejarse interiormente de la lentitud del tiempo y de su fatigosa actitud, cuando cesó de tocar para tomar aliento después de repetir tres veces el ária de *Alceste*, pero Coysevox no le dejó gozar mucho rato de esta satisfacción.

—Por favor, amigo mio, no dejemos apagar el fuego sagrado. ¡Seguid!

Gabriel principió un ária de *Acis y Galatea*.

—Magnífico! También es de Lully. Con el auxilio de Dios y de vuestra flauta, seré tan ilustre escultor como es gran músico Lully.

Y el cincel de Coysevox no cesaba de herir el mármol, y la cabeza del fauno parecia nacer y animarse al encanto de aquella música deliciosa.

Gabriel agotó el repertorio de Lully; después de *Acis y Galatea* tocó el turno á *Proserpina*, *Belerofonte*, *Perseo y Faetonte*, pero aunque veia con inquietud que la sesión se prolongaba indefinidamente, no podia resolverse á cejar en una empresa que habia principiado con tan buenos auspicios. ¡Antes morir que encallar tan vergonzosamente en el momento de entrar en el puerto! Resuelto pues á llevar á cabo su papel de modelo, continuó soplando en la flauta con tanto ardor como Coysevox manejando el cincel, y únicamente se ingeniaba para darse valor y aliento, meciendo su alma con las mas dulces imágenes y halagüeñas ilusiones.

Habian trascurrido sin embargo cinco horas sin que la mas modesta de sus ilusiones adquiriese la apariencia de realidad, sin que nada presagiase que Mariana dejaria de ser invisible. ¡Cuál hubiera sido su enojo si hubiese sabido que cuando Coysevox se encerraba en su taller no permitia que nadie, ni aun su sobrina, entrara á distraerle ó á interrumpir su trabajo!

Los pulmones del pobre Gabriel empezaban á rendirse, y los sonidos espiraban en sus labios cansados; pero Coysevox le decia á cada instante:

—Seguid! seguid! valor! Os daré tres luises.... seguid!

Y la infatigable inspiración del escultor devoró tres óperas mas: *Psiquis*, *Amadis* y *Roldan*.

De pronto los sonidos debilitados de la flauta se extinguieron completamente al grito de una alegre exclamación. Coysevox se lanzó hácia la puerta del taller y dijo con voz de trueno:

—Ven, sobrina! corre, Nicolasa!

Es imposible explicar el efecto eléctrico que causaron estas palabras á Gabriel que se lanzó de un salto desde su asiento hasta donde estaba el escultor; pero éste le miró con ademán tan sorprendido, que volvió á sentarse confuso y cabizbajo y á tomar su actitud de flautista.

Mariana no estaba muy lejos porque apareció al instante acompañada de Nicolasa.

Coysevox, en el primer trasporte de alegría y de reconocimiento hácia la que le habia proporcionado su precioso modelo, abrazó repetidas veces á la anciana, dando tiempo á Mariana y á Gabriel para dominar su emoción.

—Mirad, Nicolasa y Mariana! ¿Dónde está aque-

lla figura grotesca y ridícula que causaba ayer mi desesperacion? ¿Ya no la veis, es cierto? Ah! seguro estaba de que con un buen modelo haria una obra maestra. Mirad, mirad! Qué actitud tan natural! Qué bien toca la flauta mi fauno!

Y añadió despues de algunos momentos de minucioso exámen:

—Esta mejilla no está aun acabada; dos ó tres golpes bastarán.... Esperad!.... y vos, excelente jóven, haced el último esfuerzo. Seguid!

Pero Gabriel sentia al ver á Mariana lo que Anteo cada vez que tocaba la tierra, y habia recobrado las fuerzas.

Dócil al mandato de Coysevox, se dispone á tocar, y como en la posicion en que se encuentra, tiene vedado el lenguaje ordinario para expresar su amor, llama en su auxilio la música: la lengua musical va á hablar al corazon de Mariana, y para que no pueda equivocarse elije el aria mas tierna y mas apasionada de la ópera *Armida*.

Nunca habia tocado Gabriel con tal ardor y con una sensibilidad tan arrebatadora, ni aun bajo el encanto de los aplausos del público: toda su alma se habia reconcentrado en sus labios.

Gabriel no advirtió que Coysevox habia dejado el cincel y continuaba; pero no era él quien tocaba, sino su amor, y el amor es inagotable, especialmente cuando revela su secreto mucho tiempo comprimido.

Mariana escucha con entusiasmo y los ojos fijos en Gabriel aquel elocuente y misterioso lenguaje; Nicolasa tiene enternecido el corazon, y las lágrimas que surcan sus mejillas atestiguan que no se ha quedado soltera por insensibilidad; y el mismo Coysevox, cuya atencion se desvia poco á poco de su obra animada, parece ceder á una especie de influencia magnética, porque sus manos han dejado caer el cincel y el martillo, y está inmóvil, con la mirada fija y los labios entreabiertos como en un éxtasis.

Apenas acababa de espirar la última nota, cuando exclamó con trasporte:

—Admirable! maravilloso! sublime! ¿Y tú quieres ser modelo, tú que eres un artista de primer órden? Lully estaria orgulloso de contarte entre sus músicos! Pero, qué idea! Lully es amigo mio, y despues del servicio que acabas de prestarme, puedes estar seguro de que no me descuidaré en recomendarte. ¿Deseas que hable en tu favor?

El entusiasmo de Coysevox animó á Gabriel que respondió:

—Confieso, señor, que al entrar en vuestra casa ambicionaba otro premio....

Pero de pronto se interrumpió, porque habia encontrado la mirada aterrada de Mariana y de Nicolasa, y obedeció á la voz de la prudencia que le aconsejaba no se precipitase.

Coysevox, que creia haberse equivocado, con gran perjuicio para el aprecio que habia concebido ya por Gabriel, dijo moviendo la cabeza:

—Es justo: se ha de dar lo que se promete.

Y se dirigió hácia un escritorio, y dijo tomando tres luises:

—¿Es posible que tan gran talento encierre en el alma tan poca nobleza?

Cuando se volvía haciendo esta reflexion nada lisonjera para Gabriel, vió que se levantaba bruscamente la cabeza del jóven al mismo tiempo que se retiraba con no menos rapidez la mano de su hija.

Este movimiento fué para el escultor una revelacion completa; pero afectando que nada habia visto, se dirigió hácia Gabriel y le presentó los tres luises.

—Estoy pagado ya con exceso, dijo el músico haciendo un ademán negativo, con el placer de haber sido útil.

—Qué quereis decir? preguntó Coysevox irguiéndose con ademan de dignidad ofendida, y obstinándose en presentar los tres luises á Gabriel.

Mariana conoció por la mirada severa de su tio que todo lo habia adivinado; y se sentó temiendo desmayarse, y no mas tranquila estaba la buena Nicolasa.

—Tomad vuestro dinero; no estoy acostumbrado á que me sirvan gratis.

Gabriel no hubiera consentido jamás en hacer el papel de modelo tan solo por la esperanza del lucro, y por eso respondió:

—¡No... nunca!

Y su altivez ofendida le impulsó á rechazar la mano del escultor con bastante fuerza para que las monedas de oro cayesen y rodasen por el suelo.

Nuestros cuatro personajes formaban en aquel momento un cuadro tan curioso como interesante.

Despues de algunos instantes de ese silencio que precede por lo comun á las grandes escenas, Coysevox tomó de la mano á Mariana, se aproximó con gravedad hácia Gabriel y exclamó:

—No quiero que se diga que no te he pagado cual mereces. Ya que rechazas mis tres luises, toma la mano de mi sobrina.

No describiremos la escena que siguió, y que el lector puede representarse fácilmente: únicamente diremos que el pago de Coysevox fué ratificado quince dias despues, y delante del altar, por el cura de San German de los Prados.

MOLERI.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

Entre santa y santo pared de cal y canto.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1860.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.

